

María Pilar
Martínez Barca

Ramos para todos

Este domingo, Domingo de Ramos, se llenaron los templos, igual que el Miércoles de Ceniza, o estos días llenaremos las calles con las esperadas procesiones. Y es que la tradición cristiana sigue conformando nuestra esencia.

También de los que se confiesan alejados, defienden contra marea y viento un anticlericalismo trasnochado, y llevan a sus hijos a escuelas religiosas. Cuando Jorge Mario Bergoglio subió al pontificado sabíamos que algo cambiaría, pero no tanto. Porque el papa Francisco, el mismo que puso patas arriba las cuentas vaticanas, metió el dedo en la llaga de la pederastia o consagra a María a Ucrania y Rusia –que el Padre hace salir el sol sobre todos–, es quien convoca el Sínodo de la Sinodalidad 2022-2023. ¡Menuda palabreja!

«La identidad de la Iglesia es evangelizar. Sueño con opción aún más misionera, que salga al encuentro del otro sin proselitismo». Ahí es nada. Sínodo, del griego 'sýnodos' y del latín tardío 'synodus', 'concilio de obispos', 'junta de eclesiásticos para examinar a ordenados y confesores', 'conjunción de dos planetas', según Aristóteles y Plutarco. Algo muy grande en definitiva. Sinodalidad, empero, connota e implica caminar juntos, obispos, personas religiosas, creyentes de a pie o sobre ruedas, que también.

En nuestra diócesis, 4.000 personas trabajando, unos 400 grupos. Y Francisco, nuestro hermano, consciente de lo que hace al nombrar como segunda del Vaticano a una mujer, Raffaella Petrini –hermana franciscana de la Eucaristía–, modificar el párrafo I del Código del Derecho Canónico para contar con acólitas y lectoras –reservado varones–, o elegir a la teóloga aragonesa Cristina Inogés, alma viva del Sínodo.

Caminar, celebrar la fe, laicos, mujeres, descartados. Un gesto sencillo vale más que mil enciclopedias. ¿Cómo llegar al corazón del joven? ¿Accesibilidad para los hombres, creyentes o no, con diversidad funcional?

Entregábamos el jueves los premios del Certamen 'Luz de interior' de Poesía, convocado por la Asociación para el Diálogo Interreligioso en Aragón. La gente tiene sed de Dios, de su don que es Espíritu, de su Hijo encarnado en cada uno de nosotros. ¿Portamos las palmas por amor?

José Badal Nicolás, catedrático de la Universidad de Zaragoza

Idoneidad del maestro

Al maestro hay que pedirle acreditada competencia y buen hacer, pero al mismo tiempo hay que reconocer y dignificar su profesión, hoy poco valorada en España

En un artículo anterior aludía a la urgente necesidad de acometer en serio la reforma del sistema educativo y hacía referencia a la que, a mi juicio, es la causa principal del deterioro y el fracaso de la enseñanza no universitaria en nuestro país: los planes de estudios, ese entramado de disposiciones legales que condiciona la deficiente instrucción que hoy reciben los aspirantes a educadores. Pero hay otras razones que también entorpecen el éxito de la educación primaria y secundaria, como son la idoneidad del maestro para ejercer el honroso oficio de enseñar, es decir, la falta de selección del profesorado; o el poco o nulo esfuerzo que hoy se exige al jovencito y también la escasa atención y ayuda que a veces recibe en el seno familiar. A lo que hay que añadir la falta de reconocimiento y gratitud que la sociedad dispensa al docente, cuya labor encomiable es esencial para el aprendizaje y la adquisición de habilidades y destrezas del niño-joven, para su capacitación profesional y para su futura integración en un concreto contexto sociocultural.

Si convenimos en que la calidad de un sistema educativo es en gran medida la de sus maestros y profesores, habrá que exigirles capacitación y experiencia. Los programas curriculares actuales pueden aligerarse de créditos asignados a prácticas y de horas dedicadas a bucólicos juegos infantiles. Esto, que en principio sería un despropósito, puede compensarse me-

dante la implantación de un plan orientado a la capacitación para la docencia al término de los estudios de grado, dirigido a aquellos que (con vocación o no) opten por dedicarse a la enseñanza. Exigir una especie de MIR siempre es difícil de aceptar por quienes solo piensan en concluir sus estudios de grado con mayor o menor fortuna y salir disparados a la búsqueda de un puesto de trabajo. Pero deben hacerse a la idea de que esto tiene que cambiar y de que es menester articular un proceso riguroso y eficaz de selección del educador en ciernes, porque de este modo ganarían una enriquecedora experiencia para después ejercer la profesión.

Otros muchos mortales ya pasan por un prolongado periodo de formación profesional de varios años con el fin de adquirir una provechosa experiencia. En el mundo laboral no se accede sin más a un puesto de trabajo (salvo que concurren circunstancias muy especiales), sino que, como procedimiento de selección del candidato, se requiere la previa presentación del currículum y la superación de un examen o una entrevista; como así ocurre en la Universidad, donde, además de